

La banda

Pedro Mairal

Para un escritor, lo más parecido a formar parte de un grupo musical es participar en una revista. “Algo se ensambla y cuando sale bien es más que la suma de las partes”, nos dice el autor en este testimonio elogioso del trabajo en equipo.

Las revistas literarias me sacan del aislamiento de escritor. Y no es que no me guste esa soledad, es que a veces es demasiada responsabilidad estar a cargo de todo en la invención de un libro de cuentos o una novela. Ser responsable de todo lo que puede salir mal. Inventar diálogos, climas, personajes, escenas, transiciones. Trabajar en silencio, semanas, meses, años, muchas veces guardando en secreto la trama y el tema, creando un código cifrado que otro descifrára más adelante también en silencio. Tiene algo aterrador la literatura, esa suma de silencios, de soledades. Como si fuera algo que no termina nunca de suceder. Autores aislados en sus departamentos y estudios como *hikikomoris*, fóbicos que no salen a la calle hace semanas, haciendo una pausa en la escritura, tomando un café parados solos en la cocina pensando cómo sigue la historia, con un zumbido de fondo. El ruido de la ciudad sonando lejos, pero ellos en su cápsula aséptica, poniendo toda su energía cerebral en ese universo paralelo, en ese sueño dirigido, hecho de signos...

Ejercí muchas veces esa soledad, la disfruté, pero de vez en cuando necesito salir, tocar, hablar, crear algo con otros. Y eso son las revistas. Una experiencia colectiva. Suma de fuerzas. Varias personalidades y destrezas interconectadas. Una revista literaria es lo más parecido a formar una banda que puede hacer un escritor. Algo se ensambla y cuando sale bien es más que la suma de las partes, es una buena canción con consecuencias inesperadas y a largo plazo. Fusión de ideas, de disciplinas. Ahora por ejemplo estoy dentro de la revista *Orsai*. Hernán Casciari sabe explicar bien la parte autogestionada de la revista, él se ocupa de eso y de muchas otras cosas de la revista. Tiene una gran cabeza para juntar gente a hacer cosas. Y es una felicidad estar ahí dentro inventando, con él, con Chiri

Basilis, con María Monjardín y tantos otros. En el número de 2017 se publica el diario que escribí durante la residencia que hice en Rennes, la capital de Bretaña en Francia. Fueron dos meses en los que conviví con mi amigo escritor Santiago Vega (alias Cucurto), también invitado.

En la residencia, Cucurto se puso a pintar y yo me puse a hacer música. Fue un viaje de libertad total. Teníamos que dar algunos talleres pero sobre todo teníamos mucho tiempo libre. La creatividad fluyó. Y el resultado de ese viaje es difícil de explicar, y sigue teniendo consecuencias hoy día, varios años después. Por ejemplo, en junio de este año se presenta el número de *Orsai* donde sale mi diario ilustrado con los cuadros que pintó Cucurto allá en Francia. En esa presentación Cucurto va a exponer sus cuadros. Para eso fuimos ayer al teatro donde todo va a suceder, tomamos medidas en el *hall* central, medimos paredes, vimos puntos de amarre de las tirantes de donde van a colgar sus cuadros, hablamos con la organizadora y dueña del teatro, premeditamos la muestra. Almorcé con mi amigo, hablamos de la vida en general, nos reímos, agitamos proyectos. Al rato apareció en la pizzería Inés, mi mujer, con mi hija Lucía de cuatro años, y nos acompañaron al teatro a ver el espacio. Mi hija corría por el *hall*, nosotros con el centímetro, Inés hablaba con la organizadora... Al salir nos despedimos de Cucurto con un abrazo de verdadero afecto y vida celebrada, pasado y futuro sucediendo. No sé si lo estoy explicando bien. Lo que quiero decir es que todo eso es una revista.

Es verdad que duran poco. “Las parejas y las revistas literarias / duran casi siempre dos números”, dice Fabián Casas en un poema. Pero *Orsai* tiene algo medio mágico. Cuando los que la hacen se están por em-

pezar a aburrir la sueltan, la dejan que se escape, que se disuelva, que se aleje y que vuelva a venir cuando quiera. Eso demuestra que una revista es una energía convocada, un fantasma al que se lo invoca, aparece, genera mil conexiones, se manifiesta en trabajo, colores, textos, dibujos, diseño, papel, y de pronto se puede alejar un tiempo y no pasa nada, no es el fin. El problema es cuando se lo fuerza, cuando los autores se vuelven autistas, solemnes, y pasan de los grandes sueños a la desilusión. Hay un cuento genial de Hebe Uhart que se llama "Revista literaria". Tres tipos jóvenes se juntan en un bar, uno lleva adelante la idea de la revista, los otros dos no se sabe bien qué hacen, uno va a la imprenta, el otro consigue contactos, los tres abandonan carreras, intentan vender cosas, viajan solos en tren, mascullando manifiestos. Es un cuento despiadado y certero, donde la desilusión está instalada desde el comienzo. Es doloroso y cómico. Y quizá su gran revelación es que el fracaso de esa revista es por no ser colectiva, es sólo el sueño de uno ninguneando ya de entrada a los demás.

Toda revista necesita de un par de locos, nada comienza sin eso. Y después depende de la mano de los que toman las decisiones, ¿aflojan un poco?, ¿aceptan lo distinto, lo que no coincide con las expectativas, lo raro, o ponen un freno?, ¿rechazan algún trabajo? ¿Exigen más, piden, insisten? ¿Cómo se marca el rumbo de la revista para evitar que sea una ensalada? Yo no sé cómo se hace. Fui secretario de redacción de una revista en la facultad, que se llamaba *Gramma*, en los años noventa. Me sonaba importantísimo mi puesto. Recuerdo el dolor o la furia interna cuando en una reunión de bar me rechazaban un trabajo, recuerdo sentir como una traición las críticas tardías, cuando el número ya estaba en la calle, la frustración con los imprevistos de la imprenta, el desinterés antipático de muchos, las peleas con las autoridades que se metían a opinar... Pero estaba también la camaradería de hacer algo juntos, la posibilidad de comunicar, de llegar con textos, generar entusiasmo, intriga, reuniones, lecturas. La cercanía inquietante de la diseñadora, con sus grandes ojos verdes, cuando armábamos ella y yo solos en su casa las páginas con el primer programa de edición, que se llamaba *PageMaker*. El orgullo de ver la revista recién salida de la imprenta y empezar a distribuirla. Me acuerdo en particular de una tapa de color rosado con el grabado de la primera edición de *Fervor de Buenos Aires*. Y me acuerdo sobre todo de saborear la latencia, el futuro de un texto mío ahí metido, listo para funcionar en la cabeza de algún lector o lectora furtiva.

Una vez participé en un programa de televisión sobre libros. Fue otra de mis experiencias trabajando en grupo. La directora, la productora, el cámara, el

guionista, el jefe, los editores. Todos sumando algo. El día que salió al aire el primer capítulo lo fuimos a ver a un bar con pantalla gigante, todo el equipo. Cuando terminó yo amagué con aplaudir pero noté un silencio general. ¿Qué pasaba? Estaban esperando que pasaran los títulos donde figuraban todos. Recién cuando pasó el último nombre de los créditos, surgió un aplauso enorme. Fue una lección. Parece obvio, pero al *control freak* que todo literato lleva dentro, al auto-suficiente que se siente como un pequeño dios que controla el universo de su página, al que le bastan un cuaderno y un lápiz para hacer su trabajo, a ese anti-social, al talibán del silencio, al malhumorado porque lo interrumpen con llamados, al olímpico, al monologante, al solista, al corredor de fondo... A todos esos que soy, les viene muy bien recordarlo. Trabajar en equipo es una suma de aportes a veces casi invisibles que si faltan todo se derrumba. Así de cursi y de manual de empresa es nomás la cosa. Es bueno dejarse sorprender por lo inesperado de los demás, la chispa indescifrable en los ojos del otro. Hay que hacer revistas, pelearse, fracasar, celebrar. La literatura es una experiencia colectiva. Una banda que no para nunca de tocar y en la que nos vamos turnando. **u**



Washington Cucurto, *Piquetero*, 2017